

Hondarribia.

Hondarribia, “vado de arena” en euskera, enclavada en la bahía de Txingudi, en la desembocadura del río Bidasoa, es la frontera natural con Hendaya. Fuenterrabía es el nombre en lengua romance de la población. Alfonso VIII le otorgó la Carta Puebla y el fuero de San Sebastián a principios del siglo XIII.

Su primera ubicación fue una pequeña altura que dominaba la bahía, en marismas y arenales, que fueron luego desecados, sustituidos por huertas, cubiertas estas a su vez por la construcción debida a la presión demográfica. Todavía subsisten vestigios de la antigua condición de la zona y se conservan algunas zonas lacustres y canales.

En su lado noroeste se encuentra el monte Jaizkibel, que corre paralelo al mar Cantábrico. El monte en esta zona es de acusadas pendientes sometidas a la acción de fuertes vientos, en las que se observan muchos afloramientos rocosos. En el extremo oriental, se encuentra el cabo Higuer, muy cerca de la población.

El Jaizkibel hace de la costa un lugar de acantilados de abundante flora, un paisaje de especies adaptadas al ambiente salobre, como *Armeria euscadiensis*, especie endémica del litoral de esta zona.

La costa alberga algunas calas y ensenadas, donde la erosión ha esculpido relieves escultóricos en la roca, además de playas no siempre tranquilas, donde los *flich* peinan plácidamente las olas.

Al sumergirnos, descubrimos horizontes de largos *Gellidium* arrastrados por la corriente, en un movimiento cadencioso, apenas sujetos sobre grandes rocas erosionadas; jardines de anémonas y gorgonias, que sirven de refugio a muchas especies de peces, y de cuyos pólipos se alimentan distintos moluscos, entre ellos los nudibranquios, un grupo de moluscos sin concha. A algunos de ellos solo es posible verlos en primavera y al inicio del verano.

El pulpo, a veces difícil de distinguir por sus cambios de color y forma, es un animal habitual en este tipo de fondos; como también lo son la cabruza cantábrica, más colorida y grande que la mediterránea, o el cabracho, casi siempre quieto y oculto en el fondo.

Un grupo de fanecas, pez carnívoro muy voraz, hurga entre las algas en busca de moluscos y crustáceos. Los individuos más grandes, que alcanzan los 45 centímetros, también capturan pequeños peces como parte de su dieta.

A pesar de que puede parecer inofensivo, el pez torpedo cuenta con dos órganos eléctricos con los que produce descargas, que usa tanto para cazar como para defenderse. Adopta una forma circular que lo distingue de las rayas, vive sobre fondos arenosos y se alimenta de peces e invertebrados.

Más allá, mar adentro, con el reflejo del Jaizkibel sobre el agua, se abre el océano, donde los peces y los sueños viajan.